

De cómo las niñas y los niños vendrían con un libro bajo el brazo

*Hernán Becerra Salazar**

Cuando la prueba casera de *Hansaplast* indicó que Lily, mi esposa, estaba gestando, una de las primeras cosas que me vinieron a la mente entre sonrisas, llanto de alegría y la incertidumbre propia de una joven pareja que recién se iniciaba en las lides del matrimonio, fue aquella historia de una mujer que lleva a su hijo de un año donde un viejo sabio para que le diga cuándo debía comenzar la educación de su hijo y el sabio le contestó muy lacónico: “*Llevas un año de retraso, mujer*”.

En efecto, siempre pensé que mucho más habrían hecho mis padres por mí –y mis hermanas-, en cuanto a mi afición por los libros y la buena lectura, si desde que me concibieron me hubiesen leído cuentos, canciones y poemas, más aun si eran como los de aquellos libros que años más tarde descubrí mientras ayudaba a mis tíos en su pulpería¹ de *Pátapo*, un distrito rural del norte peruano ubicado en *Chiclayo* (antiguos dominios del *Señor de Sipán*), a acomodar en los anaqueles jabones, bolsas con detergente a granel, latas de atún y otros productos de pan llevar que conformaban la mercadería recién descargada. Para el final dejaba las cajas de libros que acababan de llegar de Lima y que contenían las últimas ediciones de las editoriales argentinas *Sudamericana* y *Atlántida* y la peruana *PEISA*, una de las pocas, por no decir la única editorial de larga data, que sobrevive a los embates de la inestabilidad económica y política.

Así, a mis ocho o nueve años de edad descubrí a *Billiken* en una época en que leer a hurtadillas durante la hora de clase era mal visto, aunque nunca supe si era peor leer en voz alta ante los demás textos que no entendía, como también cuando la profesora –de cuyo nombre no quiero acordarme– me felicitaba por leer de corrido y con buena dicción.

Nada de esto último me importaba sino los poemas, cuentos y biografías breves de personajes ilustres, así como la historia de la infancia de los grandes personajes, que me descubría aquella revista colorida y bastante avanzada para la época.

Pero el recuerdo más imperecedero se remonta 22 años atrás, cuando mi padre, en la víspera de su viaje definitivo a *Estados Unidos*, me entregó, además de sus objetos personales que ya no le harían falta, la magnífica edición del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, hecha por *Espasa-Calpe* en sus talleres tipográficos ubicados en *Ríos Rosas, 26. Madrid*.

Desde entonces siento que el libro, de hermoso empaste de percalina escarlata y letras doradas grabadas en bajo relieve en el lomo y en la carátula, si bien ha envejecido conmigo –no tanto por los años sino por el uso–, se renueva en cada una de mis relecturas por capítulos. Así, ha cobrado un doble valor para mí: por un lado, sentimental, casi como objeto de culto o fetiche, pues al abrirlo, en cualquiera de sus páginas, sus hojas despiden un olor a naftalina que me devuelve a ese día de desprendimientos; y en la página, a la que me lleva el azar, nunca dejo de hallar un aliciente para seguir soñando. Por otro lado, literario, ya que el *Quijote* me enseñó a darle frescura, color y trascendencia a mis

¹ Se le llama pulpería por estos lares a aquellas bodegas o tiendas que venden desde kerosene, carbón, velas, imperdibles, agujas hasta tarjetas de navidad y cumpleaños, postales, artículos de oficina, libros y otras chucherías inimaginables.

expresiones, como su noble escudero, quien, sin saber leer ni escribir, y con la constancia de su fidelidad, me enseñó a amar mi lengua.

Creo que alguien, sin proponérselo, exponía los libros a mi merced en aquellos viejos anaqueles, creo que nadie se propuso que los leyera. El mismo o similar efecto que se dio en mí podría darse, aunque premeditadamente, si se dispusieran diversos tipos de textos al alcance de los niños y niñas. Sin imposiciones, y de acuerdo con el interés, la necesidad, amén de la edad, nivel o grado de escolaridad, bien podría atenderse la lectura temprana, lectura libre, recreativa, funcional y lectura dirigida; siempre mediada por un agente externo, como sucedió conmigo bajo el tutelaje de mi profesor de Literatura en el último año de mi educación básica. Este hecho, de algún modo, decidió que optaré inmediatamente por estudiar *Literatura* en la *Universidad Mayor de San Marcos de Lima* y siga, pese a los vericuetos de la vida, tratando de escribir la novela de mi vida.

Hoy, a los 36 años de mi edad, y con una vida aún suficiente para las relecturas de mis libros más entrañables, sigo leyéndole a Yvana –mi hija que acaba de celebrar su cumpleaños número 3– con la misma emoción como cuando leí los análisis que daban positiva su concepción y confirmaban aquella prueba de embarazo. Pienso, entonces, que nada se parece a la sorpresa que leo en sus enormes ojos negros y las balbuceantes respuestas que emite, a modo de predicciones, cuando le pregunto, por ejemplo, si el *Práctico*, uno de los inolvidables personajes de *Los tres chanchitos*, hubiese construido su casa con cartones... “*fiiiiuuuuuu, e lobo, pum cae casa...*”. O las acotaciones que hace acompañadas de ademanes, sobre todo, cuando al releerle el cuento *Los músicos de Bremen* digo, como si lo leyera textualmente, que el “elefante” se encontró con un perro que también había sido despedido por su amo. Es como si la escuchara ahora que escribo este artículo: “*no, papá, eshe no e, no e edefante, esheburo, e buro...*”.

Gracias a mi hija sigo descubriendo, aunque ya no entre anaqueles de comestibles, libros de literatura infantil como *El hombrecito vestido de gris* de Fernando Alonso; *Sapo y Sepo* de Arnold Lobel que me deslumbran con la misma intensidad como lo hizo *El Bagrecito*, un cuento largo de nuestro querido maestro de *Saposoa* (paradisíaco pueblo de la selva peruana) don Francisco Izquierdo Ríos.

Tengo la firme convicción de que ella los disfrutará tanto o más que yo como en algunas tardes en que tengo la imperiosa necesidad de extraviarme por el mundo, cantar como aquel hombrecito o tener un amigo que me sorprenda invitándome a comer helados y para ello debo volver a leerlos y ser nuevamente el niño que siempre me inventé.

* **Hernán Becerra Salazar** es Licenciado en Educación por la PUCP; Literato de la UNMSM. Egresado de la maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana en esta última casa de estudios y actualmente cursa un postgrado en Políticas Educativas y Desarrollo Regional en la PUCP. Es coordinador regional de la sección peruana de EDUCADIA. Trabaja como consultor en la Dirección de Educación Primaria del Ministerio de Educación del Perú.